

**DOMINGO V DE PASCUA (B)**  
**Homilía del P. Bonifacio Tordera, Monje de Montserrat**  
**10 de mayo de 2009**

Hay a lo largo de toda la Sagrada Escritura una idea dominante: la de la Alianza; es decir, la voluntad que Dios tiene de estar en comunión con el hombre. Este deseo es como una cadena de oro que une el libro del Génesis con el del Apocalipsis. El deseo de Dios de estar con el hombre lo representa el primer libro con el paraíso donde el hombre vive feliz y tiene un diálogo fraterno con Dios. Y en el Apocalipsis es la imagen de la ciudad de Dios, la Esposa del Cordero, en la cual no hay templo porque Dios mismo y el cordero son su templo y su luz. Este deseo de Dios se fue manifestando por etapas en la Historia de la Salvación: Con la elección de Abraham, padre del pueblo de Israel, con quién Dios hace una Alianza. En el Sinaí, donde hace una Alianza perpetua con su pueblo. Con David, con quien también le hace la promesa de una dinastía y un descendiente, y a través de los mensajes de los profetas que van recordando al pueblo la promesa de Dios con diferentes imágenes: Dios esposo - pueblo esposa; Dios viñador - el pueblo viña; o bien cambiando en el pueblo el corazón de piedra por uno de carne en el que inscribe su ley -alianza ...

Ahora bien, la joya que cuelga de esta cadena de alianzas es el Evangelio, y en éste, el sermón de la santa cena con la piedra preciosa de la imagen de la vid y los sarmientos rodeado de un contexto de palabras de despedida y de última voluntad de Jesucristo: que sean uno contigo, Padre como yo lo soy contigo para que el mundo crea. Aquí tenemos expuesto con otras palabras lo que nos dice la imagen de la vid.

Las uniones que nos daban las imágenes del Antiguo Testamento eran de dos realidades separadas, pero lo que nos dice la imagen de la vid es que no son dos sino una sola realidad. En efecto, las sarmientos no son un cuerpo separado de la vid sino que forman una única realidad, una sola planta. Y tanto por el tronco como por las sarmientos corre la misma savia, aunque es en la raíz donde tiene el origen esta savia y que el tronco la distribuye. Entonces comprendemos bien lo que dice Jesús: el sarmiento que no da fruto el Padre la corta, porque está como muerto, y un cuerpo muerto se retira, como dice más adelante: Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. De aquí que lo esencial es estar en comunión con Cristo de quien brota la vitalidad, la vida. Esta comunión se expresa en nuestro texto repitiendo 7 veces "estar o permanecer con Cristo". ¡Y esta vida es divina!. ¿Podemos imaginar una dignidad mayor? ¿Podemos desear nada mejor? El que no se conmueve ante este ofrecimiento es que es insensible. Dios mismo quiere tener comunión perfecta con los que creen en su Cristo, que es el punto de contacto con Padre, ya que se su Hijo amado y el Enviado.

Eso no es una cosa futura sino muy presente, ya que Cristo, por su misterio pascual, se ha hecho universal, llena todo el mundo, une cielo y tierra y está en la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Él no solamente nos ha perdonado los pecados sino que nos ha elevado a la dignidad de hijos del Padre, miembros suyos y herederos de su gloria. Por eso podemos dirigirnos como hijos amados a Dios llamándole Padre, con toda confianza y rogarle con toda seguridad.

Ser hijos suyos significa vivir en comunión con Dios y con todos sus hijos. Los sarmientos dan el fruto que les hace dar la savia que viene de la cepa. Quiere decir que tenemos que dejar que nos mueva el mismo amor de Cristo que pasó haciendo el bien y asistiendo a todo el mundo que le rogaba. Tenemos que hacer acciones divinas ya que la vitalidad que nos anima es de Dios. ¿Queréis algo más entusiasmador? Dios comunicándose a través de nosotros. Eso es lo que percibíamos en santos de nuestro tiempo que dejaron huella, que esparcían el aceite de la caridad: Juan XXIII, la

Madre Teresa de Calcuta, Martin Luter King, nuestra Madre Genoveva y tantos otros desconocidos pero que aman sin hacer ruido. A eso estamos todos llamados, eso es lo que espera Dios de nosotros, que le dejemos llegar, a través nuestro, a las personas que nos rodean. Que esta vid divina llene toda la tierra. Es así como los primeros cristianos fueron extendiendo la fe cristiana a todo el mundo que se admiraba de cómo se amaban y cómo amaban. Es así como los cristianos tenemos que ser hoy "luz del mundo".